

HOMENAJE EN URDA A MARIANO GUERRERO MALAGÓN

JOSÉ MIRANDA CALVO
Numerario

Debido a la imposibilidad física de estar presente en este entrañable acto, ha querido unirse en espíritu al homenaje, haciéndome portavoz del siguiente mensaje.

Excmas. Autoridades,
Ilmos Académicos,
Señoras y Señores,
Real Cofradía del Sto. Cristo de la Vera Cruz,
Querido Mariano:

Las circunstancias me imposibilitan expresarte pública y personalmente, junto al resto de compañeros de nuestra Real Academia, la hondura de mi afecto y admiración, en el transcurso de esta jornada plena de emotividad y en la que se dan cita, una vez más, el reconocimiento a tu persona y obra junto al testimonio excepcional de identidad y ofrenda de la misma a tu querido pueblo de Urda, simbolizando con su muestra y entrega la perpetuación de tus raíces. Es por ello, ante dicha imposibilidad, por lo que mi hermano se constituye en portavoz de sentimientos para ti y todos los tuyos cimentando el paralelismo de nuestra vieja amistad iniciada desde los primeros años.

Cuán lejos quedan, Mariano, en el discurrir del tiempo, y, sin embargo, cuán cerca se mantienen frescas las vivencias de aquellos años de tu llegada a Toledo, con la feliz coincidencia de compartir la

vivienda con tu familia en aquella nuestra casa de la Plaza Marrón, los juegos infantiles con tus hermanas bajo la mirada serena y siempre silenciosa de tu madre, sentada al final de la escalinata del patio, con sus ojos vigilantes observándonos por encima de aquellos lentes blancos, y que sólo se inquietaba al vernos bajar hacia la “mina”, rebosante de agua, que nos atraía y atemorizaba a su vez, permitiéndonos hurgar en los utensilios que tu padre dejaba colgados cuando, ya anochecido, regresaba demandando el descanso imprescindible que bondadosa y silenciosamente acertaba dejándonos con su mirada saciar nuestra prolongada curiosidad...

Aquellos años de niñez, alternados de charlas y comentarios con los tuyos me permitieron conocer el entorno de los cantiles pizarrosos y senderos serranos de este tu querido pueblo de Urda, que, posteriormente, al bucear en los documentos de la Historia, supimos constituyó durante la etapa medieval el límite jurisdiccional entre los dominios de las Órdenes de S. Juan y Calatrava, puesto que, según el texto de las mismas fechado en 1232 confirmado por el Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Ximénez de Rada, “... sale el mojón medianero lo más derecho que puede a la sierra que es entre Urda e Guadalferza, e en somo de la sierra, fizieron mojón, e este mojón sale lo más derecho que puede a la sierra que es entre Guadalferza e Alberquilla, e como vierte las aguas de estas sierras amás contra Guadalferza es de los freyres de Calatrava, e este mojón que es en medio de la mata de Urda ba lo más derecho que puede a la sierra del Calderil, e la sierra misma del Calderil es mojón, e como vierte las aguas contra Urda e contra El Campillo e contra los Foyos es de los freyres del Hospital”. Por estos vericuetos serranos se curtieron aquellos antepasados vuestros cuya fama de valentía y sacrificio haría exclamar al rey Alfonso VI, el conquistador de Toledo, “gente brava esta de Urda, son las primeras picas de mi reino”.

A través de los breñales y trochas surgiría el trazado de esos parajes que fueron testigos de tus iniciales andaduras e inquietudes

artísticas, constitutivos de la antigua cañada real soriana, que, en vuestro término, encontró el famoso enlace hacia los campos de Calatrava, serpenteando desde su entrada por La Gineta, procedente de Consuegra, hacia las barrancadas del Reventón y las umbrías de Pan y Agua, hasta las huertas del convento de Sta. María del Monte, para por el collado de Valdepueercas y los Morrones desembocar en las casas de La Serrana, y por el Boquerón de la Serna y Cortijo de los Hoyos, concluir dando vista al mojón divisorio con Villarrubia de los Ojos y Fuente el Fresno, presidido todo el conjunto por la majestuosa Calderina o Calderil, como se decía antiguamente. En este tu deambular inicial tomaron forma tus sueños traducidos en aquellas empuñaduras y labra de los bastones en madera de álamo perfilados a navaja, en curiosa variedad de cabezas y dibujos, precursores de la rotunda expresividad de tus personajes, constituyendo para propios y extraños la sorpresa básica admirativa de tu genio incipiente, descubrimiento y proyección.

Esta reciedumbre vocacional te acompañó a lo largo de la vida, y hoy día, en pleno reconocimiento de tu personalísima originalidad, ofrendas a tu tierra el fruto de tu realidad, con ese gesto sencillo, casi mudo, definidor de tu carácter, que viene a enlazarse con aquella otra ofrenda de juventud personificada en los lienzos y puertas que configuran los muros de la ermita del Santo Cristo de la Vera Cruz de Urda cuya devoción y recuerdo está indisolublemente unida a tus pinceles.

Debo terminar, Mariano. La antología de tu vida y obra la guardo bien.

El resto de los compañeros de nuestra Real Academia, desgranarán sucesivamente diferentes aspectos de tu ser, de tu trabajo, de tu visión.

Hoy, solamente, a través de estas apresuradas líneas, deseo hacerte llegar cuán orgulloso me siento de poderlas pergeñar condensando la carga de simbolismo que atesora esta jornada.

A Esperanza, esposa, estímulo constante, y centro de tus

ensoñaciones, a Mariano y Cecilio, tus hijos, cuya gubia y pinceles siguen tu sensibilidad y maestría, a todos los tuyos, junto a tus paisanos, os hago llegar el eco de nuestro mensaje de felicitación y alegría compartida.

A tí, Mariano, sólo reiterarte, como síntesis de tu obra, las frases de D. Gregorio Marañón, cuando dijo: “los trastos de Guerrero Malagón son suyos y de nadie más, ni volverán a serlo de nadie. Porque los ensueños no se repiten jamás. Lo único que se repite es la capacidad de soñar y de entrar por la puerta del ensueño, en el reino de las ilusiones que, a veces, se parecen las unas a las otras”.

Y para volver, pues, a soñar con tu arte, tenemos, desde ahora, un camino: tu pueblo de URDA, cobijado desde el Calderil bajo la mirada del Santo Cristo de la Vera Cruz.

